

EL CRONISTA: Sentados y cenando el rostro del hombre se transforma de repente. Con un gesto brusco aparta el plato que tiene delante. Un tintineo de cuchillos y tenedores. Se levanta, se queda de pie y parece no saber dónde está. La mujer se remueve en su silla. La mirada de él revolotea alrededor de la mujer sin terminar de posarse, y ella —que ya se ha visto sacudida por la desgracia— lo nota enseguida, aquí está otra vez, ya me está tocando los labios con sus fríos dedos. ¿Pero qué te pasa?, le susurra con los ojos, y el hombre la mira atónito —

—Tengo que irme.

—¿Adónde?

—A donde él está.

—¿Adónde?

—A donde él está, allí.

—¿Al lugar en el que todo pasó?

—No, no. Allí.

—¿Dónde es allí?

—No lo sé.

—Me asustas.

—Solo para volver a verlo un momento.

—¿Pero qué vas a ver, ahora? ¿Qué más hay que ver?

—¿Y si allí fuera posible verse? ¿Y si hasta pudiera hablar con él?

—¿¡Hablar!?

EL CRONISTA: Ahora los dos se recobran, despiertan.

—Tu voz.

—Me ha vuelto. También la tuya.

—He echado tanto de menos tu voz.

—Ya creía que nosotros..., que nunca más—

—Más que *mi* voz, echaba de menos la tuya.

—¿Pero qué es eso de *allí*, dime? ¡Ese lugar no existe, no hay un allí!

—Si se va allí, es que hay un *allí*.

—Y no se vuelve, nadie ha vuelto todavía.

—Porque solo han ido los muertos.

—¿Y tú, cómo piensas ir tú?

—Yo iré vivo.

—Y no volverás.

—Quizá esté esperando que yo vaya.

—Él no. Hace ya cinco años que no es más que un no y otro no.

—Puede que no haya entendido que renunciáramos a él así, sin más, al instante, desde el mismo momento en que nos avisaron...

—Mírame. Mírame a los ojos. ¿Qué nos estás haciendo? Soy yo, ¿lo ves? Somos nosotros, nosotros dos. Esta es nuestra casa. La cocina. Ven, siéntate. Te voy a servir un poco de sopa.

HOMBRE:

Que bien se está –
se está tan bien –
qué bonita
la cocina
en este momento,
contigo sirviendo la sopa
y este calorcito que hace aquí, con el vapor
empañando el cristal de la ventana,
tan frío –

EL CRONISTA: Puede que sea por los largos años de silencio por lo que la voz del hombre es ronca y se apaga en un susurro. No aparta la vista de la mujer. Tanto la mira, que a ella le tiembla la mano.

HOMBRE:

Y lo más bonito de todo son tus brazos,
tan redonditos y suaves.
La vida está aquí,
cariño,
por un momento lo he olvidado:
la vida está en el lugar
en el que tú estás
sirviendo la sopa
en el círculo de luz.
Has hecho bien en recordármelo:
nosotros estamos aquí
él está allí,

y hay un lindero-mundo-eterno
entre el aquí
y el allí.
Por un momento lo había olvidado –
Nosotros estamos aquí
y él –
*¡Pero así no se puede seguir –
no se puede!*

MUJER:

Mírame. No,
no con esa mirada
vacía.
Detente.
Vuelve conmigo, con nosotros,
vuelve. Con lo fácil
que es refugiarnos
en el círculo
de luz de la lámpara, en estos brazos
tan suaves,
en el hecho de pensar que hemos vuelto
a la vida
y que el tiempo,
a pesar de todo,
nos viene aplicando sus finas
cataplasmas –

HOMBRE:

No, así ya no se puede
seguir,
no puede ser
que nosotros,
que el sol,
que los relojes, las tiendas,
que la luna,
las parejas,
que los árboles en los campos
verdeen, que la sangre corra
por las venas,
que haya primavera y otoño,
que la gente
siga como si nada, cándidamente,
que el «porque sí» más natural
exista en el mundo.
Que los hijos
de los demás,
que su luz,
que su calor –

MUJER:

Cuidado,
estás diciendo
unas cosas...
Son tan finas
las telarañas –

HOMBRE:

Era de noche, unas personas vinieron
con la noticia
en la boca.

Habían recorrido un largo camino
guardando un silencio grave,
y puede que fuera precisamente por eso
por lo que la probaron, por lo que la lamieron
a hurtadillas.

Asombrados como niños
se dieron entonces cuenta de que se puede llevar
la muerte en la boca como
si fuera un caramelo
envenenado contra el que ellos, milagrosamente,
estaban inmunizados.

Les abrimos la puerta,
esta misma, aquí es donde estábamos,
tú y yo,
hombro con hombro,
ellos
en el umbral
y nosotros
frente a ellos,
ellos
compasivos,
comedidos,
y callados,
allí de pie
insuflándonos

el hálito de
los muertos.

MUJER:

Se hizo un silencio espantoso.
Nos envolvían unas lenguas de fuego
frío que nos lamían. Dije:
lo sabía, sabía que esta noche
vendrías. Pensé:
ven, caos.

HOMBRE:

Desde algún lugar remoto
te oí:
no temáis, dijiste,
cuando nació
no grité, así que tampoco ahora
voy a gritar.

MUJER:

Nuestra vida anterior
siguió
brotando en nosotros
durante unos instantes más.
La manera de hablar,
los gestos,
la expresión del rostro –

HOMBRE Y MUJER:

Ahora,
por un momento,
nos quedamos ensimismados.
Los dos callamos
las mismas palabras.
No es a él
a quien lloramos
en este momento –
a la sinfonía de nuestra vida
anterior
es a la que lloramos, a lo maravillosamente
sencillo que era todo, a la
liviandad, al
rostro
terso y sin arrugas.

MUJER:

Pero nos prometimos el uno al otro,
lo juramos,
que seguiríamos existiendo, que sufriríamos
su ausencia, que lo añoraríamos
pero que viviríamos.
¿Entonces, qué es lo que ha pasado ahora?
¿Qué es lo que ha pasado, de repente,
para que lo desgarras todo
de esta manera?

HOMBRE:

Después de aquella noche
vino un hombre desconocido, que, sujetándome
por los hombros, me dijo: pon a salvo
lo que queda.

Lucha, intenta sanar.

Mírala a los ojos,
aférrate a los ojos de ella,
constantemente –
no te sueltes.

MUJER:

No vuelvas allí,
a aquellos días, no
vuelvas,
no eches la vista
atrás –

HOMBRE:

En aquellas tinieblas vi
frente a mí un ojo
lloroso
y un ojo
enloquecido.
El ojo apagado
de un humano
y el ojo
de una fiera.
Una fiera cuya mitad estaba

ya en las fauces del depredador,
una fiera bañada en sangre,
perturbada,
que asomaba espiándome desde de tu ojo –

MUJER:

La tierra
abrió la boca,
nos engulló
y vomitó.
No vuelvas
allí, no
vuelvas,
no te salgas
ni un solo paso
del círculo de luz –

HOMBRE:

No podía, no
me atrevía a mirar
entonces tu ojo,
aquel ojo
trastornado,
tu no-ser –

MUJER:

No te veía,
no veía
nada

ni con el ojo humano
ni con el ojo de
la fiera. Me habían
arrancado de cuajo
el alma.

Hacía mucho frío
y ahora también hace
frío.

Ven a dormir,
que es tarde.

HOMBRE:

Cinco años
llevamos silenciando
aquella noche.

Primero te quedaste muda tú,
y luego yo.

Contigo se portaba bien
el silencio, pero a mí
se me aferraba
a la garganta. Una
tras otra agonizaban
las palabras, y fuimos
como una casa
en la que poco a poco se apagan
todas las luces
hasta caer sobre ella
una quietud oscura –